

3.1.2.1. El agua, recurso imprescindible para la vida

Es el primer recurso que se ha de investigar en esta zona: las fuentes de agua potable. Aunque es sabido que el ser humano puede recorrer incluso 20 km al día a pie para conseguir agua, en unos territorios, en principio no “saturados” de población, tal distancia no tendría sentido, más bien se ubicarían cerca de las mismas. El hecho de la necesidad del agua para vivir y producir nos lleva a toparnos con una cuestión muy importante relacionada con la antigüedad del poblamiento de la zona, y a intentar reconstruir su paleoambiente con datos no extrapolados de otras áreas. Al mismo tiempo, en una doble dirección, la localización de asentamientos puede indicarnos la antigua presencia de agua como, por ejemplo, manantiales hoy secos.

No descartamos además otras posibilidades de conseguirla, aplicando conocimientos que ya tenían al menos desde el III milenio a. C. La existencia de una cisterna y de una conducción de agua en el yacimiento de Los Millares (Jakowski *et al.* 2021), ya apuntada por Luis Siret, permite proponer que las comunidades pudieran aplicar un sistema semejante en asentamientos del área, o investigar la posibilidad de captarla mediante pozos como se hacía en el yacimiento de El Jadramil (Cádiz), para cuyo fin han sido interpretadas once perforaciones de 4 a 9 m de profundidad (Lazarich 2003). Pozos para captar agua de los niveles freáticos fueron realizados a finales del III milenio a. C. en el interior peninsular, durante el episodio árido 4.2, en torno a los cuales se desarrollaba toda una organización del espacio para almacenamiento de grano, defensa y hábitat, dando lugar a las “motillas”, como la Motilla de Azuer (Ciudad Real), cuyo pozo alcanzaba 20 m de profundidad (Benítez de Lugo y Mejías 2016). El conocimiento de la posible existencia de agua bajo la superficie, así como de las prácticas de minería y cantería por parte de las sociedades de nuestra área de estudio, nos plantea el posible aprovechamiento de aguas subterráneas para estos momentos, al margen de su almacenamiento durante el II milenio a. C., en cisternas como en Fuente Álamo y el Oficio (Cuevas de Almanzora), La Bastida (Totana) y la Illeta del Banyets (Alicante) entre otras, o su conducción por galerías en Gatas (Turre) (López Medina *et al.* 2019). De momento, mientras que no avance más la investigación, la evidencia más antigua de estructuras para conseguir agua es muy tardía: *El Pocico* de la rambla de las Amoladeras, muy cercano al yacimiento romano de Torregarcía (Almería).

Por otra parte, las calizas arrecifales en el área volcánica actúan también como acuíferos, como los de La Molata de las Negras, Mesa Roldán o La Rellana de San Pedro, entre otros, capaces de almacenar el agua e incluso aflorar, como en el último caso, que se trata de un pequeño acuífero colgado (López Geta *et al.* 2010, 66). Esto pudo permitir, por ejemplo, la ocupación del yacimiento del II milenio a. C. de La Joya en la formación de La Molata.

La localización de los asentamientos cerca de las ramblas tiene su explicación en el hecho de que es posible que en el pasado mantuvieran un pequeño caudal en la superficie

todo el año. En su defecto, incluso en la actualidad, retienen humedad bajo el mismo y en sus riberas, ya que el agua de la escorrentía de las lluvias torrenciales se filtra al aminorar la velocidad de su curso tras las escasas, pero fuertes, lluvias de primera o de otoño (Pulido 1993), hasta toparse con un estrato impermeable y ahí se queda en forma de depósito de agua (acuíferos), subiendo o bajando el nivel freático según las circunstancias. Por otra parte, al menos a partir de la Antigüedad, debieron ser conscientes de esta circunstancia. Muchos de los acuíferos están agotados por los cultivos intensivos, se están salinizando, o incluso han podido desaparecer por los movimientos sísmicos recurrentes en la zona, registrados en textos desde el s. VI a. C. (Espinar 1994).

En el área sedimentaria, en la llanura aluvial, habría que tener en cuenta la circulación subterránea del acuífero de El Alquíán. Sigue un eje paralelo a las ramblas de El Artal y de El Hornillo, y confluye con ellas en El Barranquete, en un flujo único hasta el mar. El descenso de cotas topográficas haría aflorar la lámina de agua ocasionalmente en períodos más húmedos (González Asensio 1997a, 54-5). Por lo tanto, es muy posible que durante la Prehistoria y más adelante, durante períodos más húmedos, esta masa de agua subterránea facilitara el poblamiento de la zona, teniendo en cuenta, como se ha visto a partir de los análisis paleoambientales, que el medio sería más húmedo que el actual, con mayor vegetación y un paisaje menos deteriorado.

3.1.2.2. Cultivos y pastos

Las excavaciones del yacimiento de El Taharal y de El Barranquete no proporcionaron estudios de restos carpológicos, sin embargo, los llevados a cabo en otros yacimientos del Sureste peninsular apuntan al consumo de leguminosas (habas, guisantes) y lino, cultivos que necesitan agua pero no necesariamente regadío, por lo que se plantea el uso de las riberas de los ríos y ramblas, más húmedas, para su obtención. En cuanto al cultivo de trigo y cebada, también constatado, podría hacerse de manera extensiva como se ha venido haciendo tradicionalmente en las zonas sedimentarias, ya comentado en el capítulo anterior.

Los amplios espacios otorgados como baldíos y tierras comunales, a partir del siglo XVI, en el Campo de Níjar o en las tierras de El Alquíán, eran perfectos para el pastoreo de ganado ovicaprino, a lo que se uniría las áreas de marjales con zonas de plantas halófilas, más la existencia de puestos de invernaderos para un ganado exigente en agua y en plantas herbáceas como es el vacuno, hoy algo impensable, existencia que ya se indicó en mismo capítulo (Muñoz Buendía 1996). Entre la fauna doméstica de El Barranquete hay restos de bóvidos, además de oveja, cabra, caballo, perro y cerdo (Driesch 1973) (Fig. 3.7). Hemos de tener en cuenta que esta información procede de un contexto de enterramiento, de ritual, y por lo tanto la presencia de especies animales ha sido objeto de selección. No obstante, se constata con estos restos la presencia de estas especies y sus implicaciones de cara a la economía y al medio.